

Llegamos el abate y yo a la bifurcación del camino, y él torció a la izquierda, siguiendo la carretera, y yo me dirigí a remontar el alto de Ibardin.

Dos años después, en tiempo de las fiestas del pueblo, por la Natividad, iba yo a Sara montado a caballo.

No había entrado nunca en Francia por esta parte. Pregunté aquí y allá y fui siguiendo el curso de un arroyo por una angosta cañada.

Al salir a Francia, me dió la impresión de que había recorrido un largo camino, no hacia el Norte, sino hacia el Mediodía.

Era para mí una gran sorpresa, marchando de los valles estrechos y fríos de la montaña de Navarra, al salir a Sara, ver el campo llano, el cielo claro, las viñas en los oteros y los arroyos secos y pedregosos.

Al llegar al pueblo entré en una fonda muy arreglada, y, después de comer pregunté por el abate Duhalde d'Harismendy.

Todo el mundo le conocía y todo el mundo hablaba de él sonriendo.

Me dijeron que estaría en la casa parroquial, y me indicaron ésta. Se hallaba al lado de la iglesia y cerca del camposanto, en medio del pueblo.

Subí al presbiterio.

Duhalde d'Harismendy estaba en un gran salón tocando el armonium y cantando a coro con diez o doce chiquillos.

—Ya sé a qué viene usted — me dijo el verme — por la historia del capitán Dornaldeguy.

—Sí.

—Pues se lo voy a traer. Si quiere usted, puede llevársela. Me la devuelvo cuando le parezca. Y perdóneme que no le pueda atender. Ha venido usted el día en que estoy más atareado de todo el año.

El abate registró un armario de su biblioteca, mientras yo miraba desde el balcón el cementerio del pueblo con sus cruces, sus lápidas y sus piedras redondas e irredimidas, símbolos de sol que los vascos ponen en las tumbas. Duhalde sacó un cuaderno de papel de hilo y me lo dió.

—No tengo prisa. Puede usted tenerlo el tiempo que quiera — dijo.

—Bueno — advertí yo — no le molesto más. Siga usted con su coro.

—Perdone usted — replicó él sonriendo. — Tenemos de huésped al maestro de capilla de la catedral de Bayona, y queremos lucirnos un poco.

Me despedí del abate, salí a la plaza y estuve un momento mirando el cementerio y oyendo el rumor de la música y el canto de los discípulos del abate Duhalde.

Al anochecer, cuando comenzaba el la-

le, en compañía de una pareja campesina, salí de Sara.

Unos días después leía y copiaba en mi casa la historia escrita por el capitán Dornaldeguy, que es ésta que viene a continuación.

II

LOS SEÑORES DE URTUBI

Aunque varias veces demolido y reconstruido o tras tantas, el castillo de Urtubi, que se encuentra entre Urruña y San Juan de Luz, es uno de los más viejos del país labortano. Su posición en la misma frontera hizo que en el periodo de guerras entre españoles y franceses los españoles lo atacaran con gran frecuencia.

En el tiempo que nos ocupa — principio del siglo XVII —, Urtubi acababa de ser edificado de nuevo y adornado y robustecido por la parte de la entrada que da a la carretera con dos gruesas torres de mampostería terminadas en cónicos tejados.

Urtubi era entonces una finca agradable y amena; su magnífico parque, sus bellísimas fuentes, sus variados alrededores, unidos a su situación, le hacían un lugar de esparcimiento y de recreo. Los barones del castillo tenían a poca distancia el monte y la orilla del mar, podían navegar en barcha por la Nivelle y alejándose un poco, pasear por el lago de Mouriscot.

La familia de Urtubi era muy antigua en la comarca; entre sus primeros jefes, el título había pasado por nombre; luego, por extinción de la línea directa, cambiaron varias veces de apellido. En los siglos XI y XVI, los barones de Urtubi se llamaban Alzate, y tenían parentesco con los Alzates de Vera de Navarra y de San Juan de Pie de Puerto. El dueño del castillo en 1608, Tristán de Urtubi, contaba por entonces cincuenta a sesenta años, y vivía en compañía de su sobrina Leonor de Alzate Urtubi; era viudo, no tenía hijos de su mujer; pero toda la comarca sabía que los tenía naturales, y que uno de ellos, mosquetero del rey, le daba grandes disgustos. Tristán de Urtubi se mostraba abierto, expansivo y benévolo, su educación y sus lecturas le daban un carácter de transigencia y de comprensión; Urtubi, educado en la corte de Navarra, entre hugonotes, incrédulos y pagánizantes, había sido soldado, había conocido al Bearnes, cuando éste era mozo, y fué luego uno de sus amigos y de sus compañeros en la guerra.

En su juventud Urtubi se manifestó alegre, animado y decidido. La corte de Navarra, en donde se mezclaban las intrigas po-